

Igualmente en su poema *Límite*:

Permanezco tendido. Me arrastra la *marea* del sueño.
Soy el cadáver del *náufrago*
de cuyo barco jamás se supo el nombre.

En esta composición es donde está la imagen de «la pipa, bien equipada...» Huidobro decía que éstas eran las metáforas exclusivas de su Creacionismo; pero la verdad es que los expresionistas alemanes, los cubistas franceses, los imaginistas británicos y yanquis, los futuristas rusos y los ultraístas españoles los hacían iguales, antes y después de Huidobro.

Hasta cuando Reyes viaja por tierra, muy lejos del mar, no puede olvidarlo. En su poema *Auto*, reflejando sensaciones de movimiento, no puede dejar de notar que

«uno roza todo lo que encuentra al paso;—siente cómo se filtra en las rendijas de las maderas,—cómo avienta las polvaredas,—cómo hace *cantar las ramas—con voz de niño o de mar*».

La inspiración de Reyes, como en el caso de Rimbaud, está siempre en movimiento. Es enemigo de las visiones sedentarias. Y su fantasía se evade siempre hacia la gran libertad sonora del mar, hastiado de las estrecheces urbanas. Sólo que hubiera sido maravilloso que ello no le absorbiera tanto hasta aparecer como monomanía.

Así como en Reyes aunque en mucho menor grado, la influencia de mar se nota en los demás poetas jóvenes de Chile. Tenemos sólo cuatro o cinco poetas exclusivos en sus tendencias Juan Marín y Diego Barros O., son los cantores de la aviación; Alejandro Vásquez A., de los temas médicos; Angel Cruchaga, de los asuntos cristianos. El resto divide sus preferencias entre la mujer y el mar. Raimundo Echeverría y Larrázabal, M. Munizaga Iribarren, Luis Enrique Délano, Carlos Casassus, Moisés Moreno y otros han hallado sugerencias atractivas en la idea del mar, en la visión de los puertos, unos habiendo viajado y otros no, unos librescamente y otros realistamente. El hecho es que poseyendo el largo banjo de plata del Mar Pacífico, necesitábamos tener sus poetas. Y ya los tenemos.—N E F T A L Í
A G R E L L A.

UN LIBRO GENIAL

LOS españoles se quejan de no ser comprendidos. Pero la queja que debieran formular es la de no comprenderse a sí mismos. Frecuentemente su historia, sus monumentos, sus paisajes, sus obras literarias, y hasta sus hombres, les son revelados por los extranjeros.

Tenemos, para demostrarlo, si es que esto necesita demostración, el caso de Gracián. Al escritor aragonés le conocen, por afición y trato, más del otro lado de los Pirineos, que en España. Y el relativo desconocimiento no se debe sólo a desdén sino a una suerte de inhabilidad que hasta hoy han tenido los españoles para la presentación de lo que producen, ya sean libros o naranjas. Saben que su fruta es excelente por la aprobación de Inglaterra. Y lo mismo pasa con algunas obras maestras.

Cuando se piensa en la suerte póstuma que ha corrido Baltasar Gracián, extraña menos el total olvido de un tiempo, subsiguiente a la boga europea, que la insuficiencia de la rehabilitación. El autor del *Discreto* no está hoy desestimado como cuando escribía Quintana, pero ni es un favorito de la erudición, ni vemos que sus libros corran de mano en mano, aun cuando sólo sea dentro del círculo que se asigna a los clásicos. En España se le estudia menos que en cualquiera otro país. Sus obras apenas tienen público. Para encontrar una biografía del portentoso creador, tenemos que acudir a la del francés Coster. Si se quiere dar con apreciaciones críticas de cierta extensión, el curioso necesita buscarlas en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Francia y hasta en Polonia.

Los españoles no han hecho una sola edición de páginas escogidas, como la que publicó en 1925 el *Mercure de France*. Las reimpressiones de Gracián, todas parciales, no son numerosas. Rodríguez Serra dió el *Héroe* y el *Discreto* en un tomo que tuvo dos ediciones defectuosas y distanciadas. Una es de 1900 y la otra de 1909. En 1918 sacó a luz Calleja los mismos tratados, añadiéndoles el *Oráculo Manual* y la carta sobre la batalla de Lérida. El tomito, notable por su primor, buen gusto y respeto a los cánones de la crítica, fué obra de don Alfonso Reyes. La empresa *Renacimiento* había publicado en 1913 el *Criticón*. Desgraciadamente el magnífico papel y la buena impresión sólo sirvieron para recibir un vaciadizo de puntuación anárquica y de heterografía. El texto puede entenderse con voluntad y a punta de lápiz. Aun sin esto, no sería temerario afirmar que parte de la edición estaba de antemano condenada a quedarse en los almacenes, y que la mayoría de los compradores adquirió el libro para adornar sus estantes.

El *Criticón* es de poca ventura. Los gracianistas más convencidos escriben de un modo que asusta al público. Coster, especialista consagrado, piensa que no se puede leer el *Criticón* desde el principio hasta el fin. Le llama novela de cajones. Uno de los prologuistas de la popular colección formada por Rivadeneyra, ha contribuído también para mantener en su ignorancia a los que

huyen de libros difíciles. En el tomo segundo de novelistas posteriores a Cervantes, dice don Eustaquio Fernández de Navarrete, que la lectura del *Criticón* es obra de paciencia, por la frialdad, compañera de la alegoría, y por la falta de claro oscuro en el estilo. Fernández de Navarrete, como Coster, admira a Gracián, y cree que cada capítulo, leído de por sí, es un encanto.

Tal vez lo que haría falta para popularizar el *Criticón*, hasta donde puede entrar en la corriente este género de escritos, sería aligerar la materia, aun siendo alegórica, la novela no fatiga. Lejos de ello, cuando el creador se manifiesta, el lector queda subyugado. Los caracteres tienen tanto relieve y las situaciones se dramatizan con tanto ímpetu, que la sucesión de los hechos nos apasiona. Gracián conmueve. Suprimiendo, pues, o aislando con tipo menor los giros de retórica cultista, los excesos de conceptismo y los pasajes añadidos, aportación desdichada del mal gusto que domina un siglo decadente, la fábula conserva toda la fuerza de su hechizo. Cualquier lector seguiría con anhelo las cuarenta y ocho *Crisis*. Sin creer que la segunda parte del *Criticón* sea superior a la primera, y la tercera a la segunda, pues en todas el vuelo de la fantasía toca las mismas alturas, hay progresión verdaderamente novelesca en la ficción y se va por lo mismo de sorpresa en sorpresa, desde los primeros pasos de Critilo y Andrenio en el *Valle de los Vicios* y cerca de la *Fuente del Engaño*, hasta la *Cueva de la Nada* y la *Rueda del Tiempo*.

No es de extrañar que al hacerse el citado tomo de páginas selectas para la biblioteca del *Mercur de France*, prologada por André Rouveyre, y traducidas y anotadas por Víctor Boillier, dieran mayor espacio al *Criticón* que al *Héroe*, al *Discreto*, al *Oráculo* y a la *Agudeza*. Se trataba de presentar *Pages caractéristiques*, y si las hay se hallan en el *Criticón*.

Ya desde la traducción francesa del libro hecha en el siglo XVII, y reconocida como clásica, se ve la importancia dada al *Criticón*. Su título—*l'Homme detrompé*—expresa con exactitud la peregrinación del desengaño. No sorprenderá que habiendo sido inspirador, y aún algo más que inspirador de La Rochefoucauld, Gracián entusiasmase a Schopenhauer, inducido acaso por Goethe para que estudiara las obras del pensador aragonés. Schopenhauer concibió el proyecto de traducir el *Criticón*, y buscaba editor que no pudo encontrar. Conocía todos los tratados de Gracián y si se fijaba en el *Criticón*, era no sólo porque allí está íntegro su pensamiento filosófico, sino también porque el poeta expresa mejor con alegorías lo que el hombre de abstracciones procura encerrar en apotegmas.

Menéndez Pelayo dió a la potencia imaginativa de Gracián su más justa estimación y el sitio que le corresponde. Siendo, como la describe, varia, amena y prolífica, por ella podía «maravillar, y deslumbrar, atando de pies y manos el juicio». Se le toma por el escritor más seco, y todo lo dice Gracián con imágenes. ¿Qué expresión de las suyas no se graba? La vanidad, miseria de nuestro destino, aparece en una visión: «aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma, y el clarín con que este Hombre-Rey entra en el Mundo, no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas». (*Crisis V*, I). Y en la IX dice de la lengua que siendo «una fiera, bien es que esté entre rejas de dientes y puertas tan ajustadas de los labios».

Podría formarse un tomo de quinientas páginas con el Gracián luminoso, de palabra directa y de estilo tan llano como el de una carta confidencial; un Gracián sin las sutilezas, sin los rodeos y confusiones de estilo que para el expositor Marimée hacen difícil y torturadora la lectura de sus libros. Pero ese tomo debería estar acompañado de una crítica para definir las facultades que colocan a Gracián entre los genios de la creación literaria, superándolas de las perturbadoras influencias con que las maleó el tiempo.

Como un ejemplo de sencillez, oigamos las palabras que pone en boca de la Adulación: «Yo, aunque miento, no engaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el más simple las conocerá. Bien saben ellos que yo miento; pero dicen que con todo, se huelgan, y me pagan». «Aun la concisión lapidaria de la conclusión, trabajada a martillo, es perfectamente accesible. «No hay engaño donde ya se sabe que le hay».

A veces la metáfora y el juego de palabras coinciden con la limpidez. El artificio se diluye. Hablando de las tapadas, dice que se cubren contra su natural inclinación de ser vistas, para correr el velo a sus obligaciones. Cubrirse es señal de la desvergüenza. Cuanto más descaradas, esconden más la cara. Todo lo hace la moda. Ayer iban descotadas, que descubrieran más si más pudieran.

Ordinariamente no se ocupa en estas predicaciones de moral menuda. Sus alas le llevan sobre las cimas de los eternos problemas. El que más le atrae y que trata con variedad, es el de la pequeñez humana. En la penúltima *Crisis* de la tercera parte hay una gradación emocionante de nuestra insensatez. Nada son las audacias del equilibrista, y no piensan los hombres en el peligro del propio destino. «Admíranse de ver al otro temerario andar sobre una gruesa y asegurada maroma, y no se espan-

tan de sí mismos que restriban sobre una, no cuerda sino muy loca confianza, de una hebra de seda; menos: sobre un cabello; aun es mucho: sobre un hilo de araña; aun es algo; sobre el de la vida, que aun es menos. De esto sí que deberían andar atónitos. Aquí sí que se les habían de erizar los cabellos, y más reconociendo el abismo de infelicidades donde los despeña el gran peso de sus muchos yerros».

A Gracián le pasa lo que al indiano de las esmeraldas, cuyo lance cuenta en una sátira del *Discreto*. Conocemos tantas excelencias gracianescas que al dársenos lo óptimo de su producción, creemos que es algo trivial. «El indiano de las esmeraldas» expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiración. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agradar; pero bajóle éste por mitad la estimación, y con esta proporción fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta. Al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporción, oyó la causa con enseñanza nuestra: que la misma abundancia de preciosidad se hacía daño a sí misma, y al paso que se perdía la raridad, se disminuía la estimación».

Contra su propio consejo, Gracián jugó menos del basto que de la malilla.

Prodigó tanto las joyas, que éstas se pierden, y hay que buscar con esmero en la abundancia del tesoro.

Por eso es de recomendarse que las ediciones de Gracián se multipliquen, y así cada público tendrá el Gracián adecuado a sus aficiones. Se dará el fantástico para la adolescencia; el novelesco para la juventud; el filosófico para la madurez. Pues para todos escribió, todos debiéramos leerle.—CARLOS PE-
REYRA.

(Exclusivo para *Atenea* en Chile.)
Madrid, 1931.

NOTAS AL FASCISMO

EN un libro del Conde Sforza—ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, en períodos anteriores al advenimiento de Mussolini—se consagran algunos capítulos al estudio de los orígenes y transformaciones del fascismo. El libro del Conde Sforza analiza las convulsiones sociales y políticas de la Europa posterior a la guerra. La alta situación que el autor tuvo en Italia y las comisiones diplomáticas que desempeñó en diversos países,